

## Prioridad 2009-10

### Responsables y solidarios en un mundo consumista

#### 1. Vivimos inmersos en un mundo consumista.

Desde las sociedades ricas, donde un 20 % consume el 80 % de los recursos existentes, hasta las más pobres, que se esfuerzan por entrar. Es, con toda certeza, uno de los rasgos básicos de nuestra época, el enfoque prioritario de buena parte de la población actual, el punto de vista que ha suplantado ideologías, religiones y valores.

Se entiende como consumo el gasto de recursos para satisfacer una necesidad. Antes, las sociedades se autoabastecían y sólo se compraba aquello que no se podía producir; y los productos duraban y se reutilizaban. A lo largo del siglo XX, con los avances técnicos, la fabricación se volvió rápida y barata y lo que interesaba era vender cuanto más, mejor. Y la publicidad comenzó a crear necesidades para generar nuevos consumos. Ir a la moda, ascender socialmente o no ser menos que algún otro son necesidades inducidas por el mercado.



A pesar de que es innegable que este proceso tuvo algunos aspectos positivos (liberar tiempo personal, desarrollo económico, incremento del bienestar), la tendencia actual al consumo desmesurado (cada día hay más consumidores y consumen cada vez más) aumenta las desigualdades entre la población mundial y destruye el medio ambiente. Y eso sigue pasando cuando la mayor parte de la población mundial no cubre sus necesidades básicas. Además, todo el mundo ha de saber que el planeta no resistiría si toda la población se pusiese a consumir al mismo nivel que la sociedad occidental.

Si echamos un vistazo a nuestro mundo, nos daremos cuenta de que la sociedad consumista no nos hace más felices ni más libres, ya que el placer de poseer es tan efímero como el producto que lo ha provocado y nos somete a la brutal dependencia del mercado; nos hace miedosos al pensar que sólo si consumimos seguirá habiendo trabajo; nos volveremos trabajadores exprimidos y rechazados del mundo laboral cuando le convenga al mercado; no nos hace más solidarios ni más respetuosos con los pobres ni con el planeta al no garantizar un futuro de bienestar para todo el mundo, mientras se produce un colapso de los recursos de alcance mundial. Y encima, lo hemos podido ver, nos ha llevado a una crisis económica de dimensiones y efectos imprevisibles.

## 2. Tomemos conciencia de que esto ha de cambiar

Hay que proteger todo aquello que esta lógica descompensadora amenaza: el medio ambiente, el clima, los recursos naturales, las conquistas de la democracia, los valores de equidad y fraternidad, la mayor parte de los habitantes del planeta y las generaciones venideras. Cuando el sistema de mercado actual nos quiere reducir a simples consumidores individuales, debemos responder con una visión colectiva, conscientes de que nos jugamos el bienestar de todos: debemos cambiar profundamente nuestras formas de trabajar, de producir y de consumir. Y aún más, en un momento en que la crisis parece colapsar el sistema, deberíamos saber aprovechar la oportunidad para establecer unas bases nuevas, más justas y solidarias.

Todo eso nos plantea un esfuerzo imaginativo, responsable y sin complejos, para encontrar alternativas al consumismo actual. Por supuesto, todas comienzan con una toma de conciencia individual, a partir de estímulos personales, solidarios; pero se debe trascender este nivel y hacerlo colectivo. El apoyo de grupos y comunidades facilita el cambio de hábitos y refuerza el sentido de responsabilidad. Pero si además somos capaces de lograr que, a través de mecanismos de participación democrática, una sociedad pueda aceptar limitaciones y modos de vida más austeros, habremos encontrado el buen camino. ¿No es función de la política velar por el bienestar actual y futuro de las personas? Desde un firme compromiso con los más pobres, si hay que tomar algunas decisiones impopulares, estudiémoslas, valorémoslas, consensuémoslas... pero tirémoslas adelante, porque nuestra sociedad debe modificar con urgencia muchos hábitos, valores y prioridades. Y a la hora de votar y de pedir resultados lo tendremos en cuenta. Implicarse de verdad en este tema, ¿no sería una buena forma de devolver prestigio y dignidad a la política? Además, desde el movimiento podemos dar apoyo a acciones o propuestas políticas concretas. Y desde los sindicatos, ¿sabremos convencer a nuestros compañeros y compañeras de que hay que exigir también respeto por el entorno, medidas que permitan hacer compatibles horarios laborales y familiares, o fórmulas para hacer que el trabajo sea enriquecedor humanamente, en lugar de centrar las reivindicaciones sólo en la seguridad y los aumentos salariales?

## 3. Interrogantes y propuestas

¿Hasta qué punto somos conscientes de los riesgos que este consumismo masivo comporta?  
¿Tenemos presentes a los pobres de este planeta (la mayoría), la crisis del hambre, mientras el primer mundo se adueña de los recursos de toda la humanidad?  
¿Por qué y cómo podemos luchar?  
¿Somos capaces de descubrir que un vivir más austero y consciente



puede mejorar la vida de las personas más desfavorecidas, así como la calidad de las relaciones personales? Desde nuestra perspectiva cristiana y obrera, ¿tenemos algo que decir? ¿Ha de ser un eje prioritario del trabajo de ACO? ¿Puede ofrecernos una formación específica para hacernos más libres frente al consumismo? ¿Qué valores y actitudes de Jesús nos impulsan a cambiar radicalmente las formas de vida actuales? Si este es el mundo en el que nos ha tocado vivir, ¿podemos inhibirnos? ¿O bien debemos admitir que es un nuevo campo que se abre a la militancia, y que reclama con urgencia nuestro compromiso? Sabremos hacer públicas las propuestas trabajadas en ACO? ¿Podemos aportar una voz y una misión proféticas?

Intentemos analizar nuestro consumo y delimitar cuáles serían las necesidades básicas y cuáles son necesidades inducidas. Revisemos elementos como el sueldo; vivienda, hipotecas; tiempo de ocio: diversiones, viajes, vacaciones; bienes patrimoniales, planes de pensiones, seguros; comer y vestir; productos culturales; transporte... Rehagamos nuestra historia personal y familiar: ¿qué ha cambiado en las formas y objetos de consumo? ¿Tenemos en cuenta que as relaciones personales pueden ser actos de consumismo (utilización de las personas, superficialidad de las relaciones...)?

Preguntémonos qué reacciones acostumbramos tener ante las propuestas de consumo. ¿Somos coherentes con lo que pensamos? Cómo se vive n nuestro entorno más próximo: familia, compañeros, vecinos?

¿Qué valores y contravalores descubrimos? ¿Qué contradicciones nos plantea desde una visión cristiana y obrera? ¿Qué dificultades encontramos para avanzar por un camino menos consumista?

¿Qué alternativas al consumo practicamos o vemos viables a corto plazo (cooperativas de consumidores responsables, banca ética, comercio justo, proyectos de austeridad, renunciaciones concretas)? ¿Valoramos las propuestas colectivas de consumo por encima de las individuales? Haciendo eso, ¿qué valores descubrimos? ¿Sabemos transmitirlos? ¿Los comunicamos a los hijos, a los jóvenes? El hecho de compartir? nos va a un proceso descomunicación con los demás? ¿Somos solidarios, también dedicando recursos, con las personas o sociedades con más precariedades?

En ámbitos más colectivos (sindicatos, política, asociaciones, grupos diversos), ¿nos sentimos con ánimo de defender propuestas de limitación del consumo? ¿Militamos en alternativas en este sentido? ¿Mantenemos la utopía de encontrar alternativas al consumismo y al capitalismo que apuesten por un mundo nuevo y una nueva persona?